

NÚMERO 143 — TOMO IX

15 DE SETIEMBRE DE 1926

# Reproducción

---

*Director:* ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

ADMINISTRACION: BOTICA DE LA DOLOROSA

*Apartado 230*

---

SAN JOSE DE COSTA RICA

30568 IMPRENTA TREJOS HNOS

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Carjetas

Menús, etc. etc.

Cumplimiento

en la entrega

de trabajos



# REPRODUCCION

No. 143 \* 15 de Setiembre de 1926 \* Tomo IX

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

---

---

Poco entendemos de versos.  
Abrimos, pues, al acaso, pero  
con simpatía, el ejemplar de  
*El viento en la montaña* que  
nos ha enviado amablemente  
su autor, el poeta panameño

DEMETRIO KORSI,

y copiamos la página 181:

## Adiós... Adiós!

Tú, que has causado mis embelesos;  
tú, que enterneces mi corazón;  
tú, que murmuras por mí tus rezos,  
tú, virgencita de mi pasión...  
¡dame un abrazo, dime tu adiós!

El mar la proa bate con calma;  
la luna riega su claridad...  
¡Cómo se pone de triste el alma  
cuando ya el barco se va a alejar!  
(¡Cuántos viajeros no vuelven más!)

Sólo una estrella fulge en el cielo:  
¡así, en mi vida, sola estás tú!  
—¡Adiós!—me dices con tu pañuelo.  
—¡Adiós!, mi estrella de blanca luz...  
(¡Contigo queda mi juventud!)

Fría, nublosa, la cordillera  
vió huír la luna por el confín.  
Mi niña, a solas en la ribera,  
¡qué inmensa angustia debe sentir!...  
(¡Ay, de seguro llora por mí!...)

El viento acude. Cruza los mares,  
rápidamente, la embarcación...  
¡Estoy tan triste con los pesares  
de esta tremenda separación!  
(¡Adiós, amiga del alma!... ¡Adiós!...)

1924.—Colón

---

---

## De Juan Santamaría

Nunca he dudado de la realidad del acto heroico de Juan Santamaría que dió lugar a su muerte el día 11 de abril de 1856 en la ciudad de Rivas. Fueran los que fuesen los efectos de la acción ejecutada, no veo motivo razonable para

desconfiar de los dichos desinteresados que desde mi niñez he oído acerca del particular y, en especial, de los testimonios formales dados respecto al mismo hecho por testigos libres de toda tacha.

Por eso, cuando se intentaba erigir un monumento a la memoria del héroe, en setiembre del año de 1887, entregué espontáneamente una contribución en dinero para ese fin, y el 15 de setiembre de 1891 asistí gustoso a la inauguración del monumento en la ciudad de Alajuela.

Puedo asegurar que mis padres, contemporáneos de la guerra de 1856-1857, y quienes oyeron en San José de labios de sobrevivientes la relación de los sucesos, a raíz de éstos, tampoco manifestaron jamás que dudaran del hecho aludido.

Mi madre, ha poco desaparecida a los ochenta y ocho años y medio en el uso cabal de sus facultades mentales, se complacía en hablarme con frecuencia de los tiempos pasados, pues conocía mis aficiones, y me habló muchas veces de la guerra. A ella debo bastantes de mis conocimientos de la tradición costarricense. Me acuerdo de que leyéndole pocos días después de publicado, el bello y sentido discurso del Dr. don Antonio Zambrana

sobre la misma guerra contra los filibusteros yanquis, me conmoví en tanto que a los ojos de mi madre asomaron lágrimas, y de que por haber alguno de mis hermanos atribuido eso, en son de guasa, a lo que llamaba nuestro patriotismo, le dijo ella: «Ah! no te burlarías si hubieras vivido como yo en los días terribles de la guerra y del cólera».

Por otra parte, ¿ha vivido o vive alguien a favor del culto a la memoria del humilde soldado héroe? ¿O siquiera se ha tratado con ese culto de cohonestar la conducta o las ideas de los panegiristas del héroe, o de enaltecer o al menos justificar una causa propia, como cuando se finge admiración por los hechos atribuidos a un correligionario o a algún compañero en alguna empresa política encaminada a alcanzar el deseado poder? No; la gloria del acto de Juan Santamaría es de la Nación, no de un círculo de costarricenses; nadie en particular obtiene provecho de ella; no es producto del fanatismo por ninguna idea, ni del espíritu de partido.

Además, si hubiera abrigado alguna duda respecto al episodio de Juan Santamaría, se habría disipado con una conversación que tuve con el señor Lic. don

Ascensión Esquivel en los últimos días de su vida, cuando me cupo la rara dicha de que me dispensara su confianza. El señor Esquivel era, como bien lo saben su familia y amigos, bastante expansivo en el seno de la confianza.

Una vez llevé la conversación a los sucesos del memorable 11 de abril, y me habló extensamente de ellos, con explicaciones minuciosas, y hasta hizo un croquis del lugar, para que pudiera yo comprenderlas. El, según me dijo, había ido con su padre a Rivas dos años después, en el de 1858, y había observado lo que quedaba en el lugar. Todo me causó la impresión de la completa seguridad en el relato. Pude así darme cuenta de que hubo un punto en que algunos costarricenses se hallaron en condiciones de presenciar el acto de poner Juan Santamaría fuego al techo del mesón y caer acribillado a balazos; fué cierto fortín esquinero en donde estuvieron aislados algunos de los nuestros.

Es claro que el baño de poesía con que hoy vemos los hechos y las cosas de la guerra, y que irá en aumento al correr del tiempo, no ha podido venir sino con el transcurso de los años. Eso es lo na-

tural. ¿Pues no es el tiempo el que viene embelleciendo más y más y divinizando al Libertador Simón Bolívar, a la par que lo pequeño o secundario de los hechos de su vida admirable va desapareciendo? Y sin embargo, hoy son mejor conocidas y apreciadas las acciones buenas y malas de Bolívar, y gracias a las investigaciones escrupulosa y fielmente hechas, se han desvanecido cargos injustos que se le hicieran, y los imparciales pueden juzgarle mejor que sus émulos o contrarios.

ALFONSO JIMÉNEZ

San José de Costa Rica, 29 de agosto de 1926.

---

---

Reminiscencias de la ciudad de San José

## De varias cosas

Sin duda que, aparte la posición y peculiaridades de cada familia y aun de cada individuo, la manera de vivir de los habitantes de un pueblo está en relación íntima con las circunstancias del mismo. Aun las personas tenidas por ricas, y que en verdad lo eran relativamente dentro

de nuestro pequeño e incipiente país, no podían hace medio siglo, más o menos, proporcionarse en San José las comodidades y distracciones de que ahora pueden disfrutar las de inferior situación económica. ¿Qué habían de hacer en una ciudad tranquila y reducida donde ordinariamente no existían más lugares de reunión al aire libre que las calles, mal alumbradas de noche, cuando no las iluminaba la luna, por medio de faroles de *canfin* bajitos, expuestos a varios accidentes naturales, a las pedradas de los muchachos traviesos y hasta a ser apagados por los mayores cuyos planes favoreciera la oscuridad? De otro lado, los hábitos de sencillez y prudencia impuestos por la misérrima vida de los costarricenses en general durante el coloniaje español, perduraban aun en los ricos. Los padres de los que nacimos en el tercer cuarto del siglo XIX eran hijos de quienes, por algún tiempo al menos, fueron súbditos del execrable Fernando VII, y habían visto los primeros años de ese siglo, en los cuales la desnudez, a veces completa, impedía a muchos salir de sus humildísimas moradas. Eso me recuerda que uno de los Magistrados de mayor categoría a

quien traté en el Palacio de Justicia, perteneciente a una familia distinguida, y que adquirió su profesión en el exterior, me refirió poco tiempo antes de su muerte, ha más de treinta años, que se había calzado por primera vez para venir de la ciudad de Cartago a ésta, siendo ya un joven, y que por cierto le había traído un pariente suyo en ancas de su cabalgadura. Se comprenderá, pues, que si quedaban muchos de los antiguos hábitos aludidos en las familias acomodadas, con mayor motivo nos hallábamos constreñidos por ellos los hijos de las de posición modesta, en especial los que teníamos padres que a la par que velaban por nuestra subsistencia, salud e instrucción, nos sometían a cierta disciplina.

No se piense sin embargo, que se trataba de un régimen de tiranía. Por mi parte digo que no lo conocí en el hogar paterno. Mis padres estaban muy lejos de ser duros, violentos o faltos de justicia: sumamente bondadosos, más propensión tenían a la indulgencia que al rigor y, por sus condiciones personales, no podían caer en los extremos a que conducen la tontería e ignorancia o el desequilibrio mental. Lo cierto es que nos guiaban, a

mis hermanos y a mí, con dulzura, pero con firmeza, hacia el cumplimiento del deber, entendiendo por tal principalmente la obligación de no causar daño a otro, ni en su persona ni en sus bienes. Jamás transigían con nada que violara sus principios fundamentales. Procuraban acostumbrarnos desde la infancia al trabajo, la exactitud, el orden, y a sufrir los contratiempos y penalidades que no era posible remediar. Nos infundían constantemente la idea de la responsabilidad personal. ¡Cómo podría olvidar, aunque viviera mil años, las lecciones y ejemplos que en ese sentido nos diera nuestra madre, consagrada abnegadamente a su hogar e inspirada siempre hasta en las horas de dolor y desconsuelo, por las ideas de honor y de justicia, en ella altísimas, que idealizaron su existencia!... En cuanto al respeto a la propiedad ajena, por ejemplo, no consentía ella la trasgresión al parecer más insignificante; con mucha razón, puesto que en eso no puede haber término medio. Así, una vez hizo que uno de mis hermanos fuera a dejar unas frutas de escaso valor, guayabas o naranjas quizá, al potrero del cual sin permiso las había cogido. Se propuso con eso que si

no las llegaban a aprovechar los ganados del propietario, en todo caso no las aprovecharíamos nosotros indebidamente. Y en caso de que halláramos dinero perdido, una moneda que fuese, hacía que lo lleváramos al párroco, con la confianza de que éste se lo devolvería al perdidoso si, según la vieja costumbre, acudía a él en busca de lo perdido, o de que, por lo menos, el cura lo emplearía en alguna obra de beneficencia.

Fuéra de las horas de escuela cuando a ella teníamos que asistir, y de las dedicadas a las tareas, había para nosotros los muchachos otras de trabajo al servicio de la familia, las mujeres en la casa, los varones en donde fuese necesario. Nos correspondía a los últimos hacer los mandados, especialmente los de las compras de las cosas que requerían las necesidades de la familia. Entonces no había vendedores ambulantes como los hay ahora hasta para fastidiar, por la costumbre que tienen de ir llamando a las puertas, de una en una, en vez de pregonar sus mercancías. El trabajo de compra y acarreo de lo comprado era mucho mayor el sábado, puesto que sólo en la feria de ese día se ponían a la venta los víveres,

etc. Algo he referido acerca de la feria en mi artículo referente a la Plaza Principal. Se extendió en parte dicha feria a la Plaza Nueva mientras existió, durante como cinco años. Se vendían en esta otra plaza determinadas cosas como las siguientes: el *dulce* o panela de caña en panes a manera de conos truncos atados de dos en dos por sus bases, cada uno de los cuales recibía y aún recibe el nombre de *tapa*, así como a los dos juntos se les daba y da el de *atado*; los pilones o panes piramidales de azúcar mascabado, envueltos en *cáscara* o corteza seca de plátano; las tinajas, ollas, lebrillos, escudillas y demás sencillas vasijas de barro, procedentes por lo común de las primitivas alfarerías del Tejar de Alajuelita, etc. De todo eso lo que no se ve actualmente son los pilones de azúcar, los cuales agujereábamos para extraer del interior con cuchara la melaza o lo que no había bien cristalizado.

La Plaza Nueva abarcaba la manzana que ocupa el Mercado de San José, abierto al servicio público el día 25 de enero de 1879. Estaba bien nivelada y rodeada de acera y en su centro tenía una pequeña fuente de hierro. En ella se efectuaban

los fuegos artificiales de las fiestas de la ciudad llamadas entonces lo mismo que ahora, *Cívicas*. Por desgracia se edificó el mercado en tan bonita y útil plaza, pudiéndose haberlo hecho en otro sitio mayor y más desahogado.

Otra pesada faena de los sábados para los muchachos era la de *meter* la leña comprada por carretadas grandes, y que, como se usa todavía, se descargaba en la calle cerca de la entrada de la casa respectiva. No venía picada o cortada a pedazos pequeños, la leña, tanto que a veces no podíamos alzar los trozos; a lo que se añadía el inconveniente de estar con frecuencia medio quemada o cubierta de tizne, dada la costumbre de las quemadas en los campos. Eran de verse nuestros cuerpos y vestidos de dril o *cuero de diablo* después de tal faena.

No todas las lavanderas de la ciudad querían llevar y traer las ropas, por lo cual debíamos hacerlo los muchachos, los lunes y sábados.

Los viajes por la ciudad y las callejuelas y rinconadas de los alrededores había que hacerlos estuviera como estuviese el tiempo. Buenos sustos nos daban los perros bravos y los locos sueltos, a veces

plantados en actitud de amenaza y armados de palos y piedras, en algún punto por donde debíamos pasar.

En la época del *verano* o tiempo seco, terminaban nuestras faenas el sábado por la tarde con la *barrida* o barrido de la mitad de la calle en todo el frente de nuestra casa, y además del patio o patios interiores. En seguida los regábamos como podíamos, pues no en todas las casas había mangueras adecuadas, las cuales no faltaban en las tiendas y almacenes de alguna importancia, para el mismo objeto. Recogidas y amontonadas las basuras en los patios, se quemaban. Estas costumbres obedecían a antiguas órdenes de policía; según algunos, del tiempo del Jefe don Braulio Carrillo.

Llegaba por fin la noche del sábado. Todavía teníamos que hacer algo antes de recogernos: asearnos, limpiar nuestros zapatos y darles lustre. No puedo olvidar el betún que antaño gastábamos. Era el de Masson, en cuya marca de fábrica figuraban estas cosas: un negro de los Estados Unidos que, cepillo en mano y con un pie levantado, espantaba a un gallo en el acto de disponerse a pelear con su propia imagen reflejada en una reluciente

y alta bota. Ese betún acababa por formar una costra. Al cerrar los ojos, rendidos de cansancio, no podíamos pensar en lo que no existía y que es la delicia de los actuales muchachos: los *matches de foot-ball*, las alegres *matinées* dominicales en los teatros y otros espectáculos semejantes. Sabíamos que debíamos madrugar el domingo también y soportar resignadamente ese día, con su misa, *explicación*, rosario y fastidio.

Enumero aquí las iglesias en que oíamos misa. La Capilla del Sagrario, en pie aún, la cual prestó servicio constante desde el año de 1871 hasta la reapertura de la Catedral en el de 1878. La desmantelada capilla del viejo Seminario.

No era éste un centro de enseñanza propiamente; era una casa de hospedaje para sacerdotes extranjeros pobres, y ordenados de fuera de San José pobres también, y probablemente servía además de lugar de reclusión de ciertos clérigos, bajo su palabra, por lo que pude observar.

La iglesia de la Merced, que con todo y su pequeñez, hacía las veces de la Catedral y de parroquia, por no haber otra decente. La ermita del Carmen, hecha provisionalmente dentro de las paredes de la actual iglesia. Y la capilla del primi-

tivo hospital de San Juan de Dios, con el cielo de manta. Por falta de asientos en general, había que estar de pie, cuando no de rodillas. Las mujeres se sentaban en el piso. A la de la Soledad no íbamos sino de paseo. Era una ermita provisional de aldea, en un paraje realmente solitario, escogido por eso para los duelos a *trompadas*, entre los matorrales de *güitite* que abundaban tras la iglesia.

Cuando nos gobernaba el General don Tomás Guardia, la misa *de tropa* constituía un espectáculo siempre que él asistía, cosa frecuente. Iba con toda pompa a esa misa, así como a las funciones y procesiones de Semana Santa y del Corpus, con la diferencia de que a éstas debían concurrir con él los funcionarios y empleados del orden civil, además de los militares, banda y tropa. Don Tomás usaba en todas esas ocasiones trajes fastuosos: frac negro con charreteras y tupidos bordados de oro, pantalón blanco o azul con franjas, capa o manto de color rojo o negro, bordado de oro y atado al cuello con cordones dorados terminados en borlas, botas de charol que en parte le cubrían las piernas encima del pantalón, espada regia, sombrero de tres

picos con plumas y escarapela o magnífico quepis a la francesa. Tenía condecoraciones riquísimas nacionales y extranjeras, que todos pudimos ver de cerca en sus funerales. Los generales y coroneles que le acompañaban, para no parecer deslucidos, llevaban sus uniformes más vistosos. Los muchachos íbamos a ver salir al Presidente y su comitiva, del edificio llamado Palacio Presidencial, ocupado ahora en parte por la Secretaría de Seguridad Pública. Luégo entrábamos a la Merced por la puerta lateral del norte, la cual daba a un callejón abierto contiguo a la plazuela de la Artillería, y nos colocábamos de cara al sitial del Presidente para poder observarlo durante la misa, con la privilegiada despreocupación de los niños. No faltaba nunca, puesto de espalda tras el dosel, algún conocido admirador o servidor incondicional del Presidente, guardando la espalda de éste.

La *explicación* de la doctrina católica a que me he referido, la daba en la Capilla del Sagrario después del mediodía y durante una hora, el Padre Ulloa, como le decíamos al canónigo Dr. don Carlos M. Ulloa. Estaba dedicada a las niñas; mas a los muchachos de determinadas

familias nos enviaban a ella. Gracias a que el señor Ulloa, hombre culto y afa- ble, nunca me molestó ni con preguntas, no guardo recuerdo penoso de la *explicación* aquella, hecha abstracción del can- sancio y aburrimiento.

De la misma capilla sacaban el viático en procesión, llevando muchas veces unos cuantos músicos de viento, que iban to- cando hasta la casa del moribundo y que aun tocaban en ella. Esto nos distraía y algunas veces daba a uno de mis herma- nos pretexto para no asistir a la *explicación*, pues se marchaba con el viático. Acompañar al viático era un acto meri- torio, y un honor el llevar la cruz alta, los ciriales, el incensario, el agua bendita o las ruidosas campanillas, que había que ir agitando por las calles, todo lo cual correspondía a los muchachos, por lo que se lo disputaban. De mí puedo decir que no debía de tener *embocadura* o disposi- ción para monaguillo o sacristán, porque no sólo no aspiré a ese honor, sino que me atreví a rehusarlo cuando a título de formal, me lo ofrecieron.

Los domingos había un placer al al- cance de todos, el muy apetecible de ba- ñarse al sol y al viento con agua limpia

donde se pueda nadar y hacer ejercicio. Los ríos de Torres y de María Aguilar, que ciñen esta ciudad y le marcan sus límites por el norte y el sur, conservaban mucho de sus naturales encantos y no tenían como ahora sus aguas contaminadas por las inmundicias de las habitaciones, fábricas y mataderos. Mas, debido a un accidente en que estuvo a punto de morir el hijo mayor del socio comercial de nuestro padre, éste nos prohibió que sin él fuéramos a bañarnos a las pozas de los ríos, lo que dió por efecto el que no pudiéramos hacerlo cuando muchachos. Sin embargo, no quedé excluido del bautismo de los josefinos en la poza de la Mina, en el río de Torres, hoy inutilizada, pues siendo ya hombre me bañé en ella.

Ignoro de cuando data la diversión pública del *recreo* o reunión amenizada por la música de la banda militar, de los domingos u otros días por la tarde. Recuerdo que me llevaron a *recreos* celebrados en la estación del ferrocarril central, comprendido ahora en el Ferrocarril de Costa Rica, y por los siguientes datos se puede conjeturar cuando ocurrió eso. Según publicaciones hechas en *La Gaceta*, el 30

de diciembre de 1872 hizo su «entrada triunfal» en San José «la locomotiva» venida de la ciudad de Alajuela, en donde fué principiado el ferrocarril. Los materiales, máquinas, carros, etc., fueron traídos por bueyes desde Puntarenas. Todo hubo de subir a la cumbre del monte del Aguacate, por la carretera, para descender a la meseta central. A la ciudad de Cartago «llegó la locomotora» el 20 de noviembre de 1873. Hecha la calle de la Estación (hoy avenida 3.<sup>a</sup> Este), se convirtió en lugar de reunión en todo el trecho del gran relleno, al sur de la Fábrica Nacional de Licores, provisto de asiento de mampostería corrido de extremo a extremo hasta el Puente de la Fábrica. Se dió en verificar allí los recreos, puesto que no existía parque u otro sitio apropiado. Durante muchos años no hubo por el sur ninguna casa que le quitara la vista al paseo, pues sólo en el alto estaba la casa particular del General don Tomás Guardia, donde reside y despacha hoy el Presidente de la República. Los *recreos* llegaron a ser muy concurridos. Y — ¡lo que son los pueblos pequeños! — nadie que fuera *mal montado* en bestia o que de cualquier otro modo provocara las bur-

las, podía pasar por la calle a hora de *recreo* sin una rechifla general por parte de la chiquillería y hasta de los jóvenes, o sin oír sus cuchufletas y risas. Muchas personas no se atrevían siquiera a retirarse antes de que todos lo hicieran.

En un principio bajaban y subían los trenes de la estación a la esquina del Carmen y viceversa, por la calle dicha, a recoger o dejar a los viajeros.

Como he expresado en otro trabajo del género de este, las *retretas* o conciertos nocturnos por las bandas militares no se daban para el público o en atención a él. A los muchachos en general no se nos permitía ir a la retreta solos. Para mí no existieron hasta después que terminé mis estudios de segunda enseñanza. Se daban los jueves y domingos a la misma hora de las ocho que en la actualidad, por lo regular en la calle, frente a la casa en que vivía el Presidente o el Designado en ejercicio de la presidencia de la República; otras veces frente a la Comandancia de Plaza. Cuando era frente al Palacio Presidencial, había espacio suficiente para la concurrencia en la plazuela de la Artillería. Precisamente en esa pla-

za se colocó en marzo del año de 1882 la primera lámpara eléctrica de fuerte intensidad, en un poste alto de madera. Hacía pocos días que el Administrador del Ferrocarril, don Manuel V. Dengo, había instalado en la Estación las primeras lámparas de esa clase, y todos los habitantes de San José habíamos ido a verlas y admirarlas. Si coincidía con alguna función en el Teatro Municipal la retreta, se transfería ésta para el día siguiente; y lo mismo se hacía cuando por la lluvia había que suspender la retreta el día señalado. La banda o bandas llegaban precedidas por una farola de candelas de esperma, que un soldado llevaba en alto sobre un palo, y así se retiraban. Concluida una pieza del programa, los músicos —que tocaban de pie a la luz de las linternas,— se dispersaban y aun alejaban a extremo de que muchas veces no se podía comenzar la siguiente pieza por no estar los músicos indispensables, y se prolongaba el redoble de tambor con que se iniciaban las piezas, o se daba principio a la nueva cuando faltaban algunos de los músicos, los cuales iban llegando agachados a sus puestos. En esas ocasiones se enojaba el director, y cuando lo era el maestro don

Rafael Chaves Torres, inspirado autor del *Duelo de la Patria*, se le oía echar pes-tes. Al encargarse de la dirección de la banda el maestro belga don Juan Loots, contratado por el gobierno del Lic. don Cleto González Víquez, desapareció ese desorden, se proveyó a los músicos de asientos y se procuró a la banda comodidad y decencia en los sitios en que está llamada a tocar.

¿Y de la Sabana?... Claro es que existía el hermoso llano que los josefinos debemos a la munificencia del Presbítero don Manuel Antonio Chapuí de Torres, y que no había sido afeado y cubierto de estorbos como hoy lo está. Pero no se había arreglado la calle principal que al llano conduce, y la cual no tenía aceras y era además muy solitaria. De la antigua Cárcel Pública a la entrada de la Sabana, donde ya existía desde hacía años la quinta de los Montealegre, hoy de uno de los señores Lyon, no había talvez cinco casas, tomando en cuenta la edificada por el Dr. Hine, progenitor de la familia que lleva este apellido, y la cual casa pertenece ahora a doña Julia Alvarez de Núñez. Todas esas casas estaban al lado

norte; del otro lo que había eran fincas cercadas, algunas por lo menos, de café. Los recuerdos antiguos que conservo de la Sabana son muy poco interesantes. Uno es el de una *maroma pública* o exhibición de ejercicios acrobáticos, en que intervinieron dos niñitos extranjeros, en la plaza de toros improvisada en el llano, seguramente para las Fiestas Cívicas de alguno de los años de 1871 y 1872, porque las del año de 1873 se celebraron en la «Plaza de la Estación del Ferrocarril», y ésta siguió invariablemente sirviendo para lo mismo durante veinte años. Sabido es que esa plaza fué dedicada a Parque Nacional, en cuyo centro está el monumento conmemorativo de la guerra centroamericana de 1856 y 1857, contra los filibusteros de William Walker, inaugurado el 15 de setiembre de 1895. Otro recuerdo es el de ciertas «Carreras de Santiago», a que me llevó mi padre. La diversión me desagradó a pesar de ser yo muy niño. En la avenida marcada en el llano de este a oeste por dos filas de higuerones, había cuerdas tirantes puestas horizontalmente a la altura necesaria, de las cuales colgaban, amarrados de las patas, gallos vivos. Por debajo pasaban a

caballo a toda carrera los corredores y se empeñaban en alcanzar los gallos con la mano y arrancarles de un tirón la cabeza. Por supuesto, que la brutal diversión daba lugar a borracheras y bochinches. Me tocó presenciar uno en que hasta disparos de revólver hubo. Dichosamente todo eso cayó en desuso y se acabó para siempre.

Esta ciudad tenía desde mediados del siglo pasado un verdadero teatro; pero era natural que sólo de cuando en cuando pudieran ofrecerse en él los espectáculos correspondientes. San José, ciudad pequeña y pobre, no estaba comunicada con los puertos del Pacífico y del Atlántico por ferrocarril, como hoy lo está. El único puerto de que se servía el país era el de Puntarenas, en el Pacífico, y para venir de él a caballo se tardaba cuando menos un día y medio, y en carreta tres días. Los que siquiera hubimos de hacer tres jornadas de cuatro a cinco horas cada una, en bestia, para ir de Alajuela a Esparta, cuando ya se utilizaban los ferrocarriles de San José a Alajuela y de Esparta a Puntarenas, por un camino todo cuestras y a través de lugares ardientes, despro-

vistos de comodidades, podemos comprender las molestias y trabajos que pasarían las compañías de teatro que llegaban a esta ciudad y en las cuales venían señoras y niños. Así y todo, es lo cierto que hasta buenas compañías de ópera, según el dicho de entendidos, vinieron antes del año de 1870. Trascurrían años entre temporada y temporada teatral, si bien ellas duraban bastante. Rara vez se llevaba a los niños de corta edad al teatro, pues no se daban *matinéés*, y no se consideraba propia para ellos la diversión.

Ahora bien, a pesar de la triste idea que por la anterior relación se pueda formar del estado de San José en el tiempo a que ella se contrae esencialmente, me parece que no debemos forjarnos ilusiones respecto al progreso alcanzado. Hay mucho que desear y falta mucho que hacer tocante a cosas de primera necesidad. ¿Qué les irá a parecer a los que vivan en 1976 la relación que alguien les haga de lo que hoy se ve en San José?... Calles unas intransitables, otras llenas de baches y lodo, por donde pasan los flamantes automóviles dando brincos, balanceándose y salpicando a las personas que van a pie

y los frentes de las casas; otras cubiertas de pedazos de piedra angulosos y sueltos. Aceras desiguales y a distinto nivel, con puntos salientes y con huecos. Montones de tierras y escombros. Un enmarañamiento de hilos conductores de electricidad e innumerables postes de hierro, muchos de ellos cargados de cosas. Etcétera, etcétera, para no enumerar tantas cosas que nos chocan aun a los que estamos habituados a verlas. Por eso puede afirmarse, con referencia sólo a lo material, que no ha habido progreso en todo. En cuanto a lo desaparecido, ¿habría razón para echar de menos algo? Eso también podrán decirlo imparcialmente los que vivieren dentro de cincuenta años.

ALFONSO JIMÉNEZ

San José de Costa Rica, agosto de 1926.

## Minucias

*Nadie las mueva que estar no  
pueda con Orlando a prueba.*

Don Ricardo Jiménez nació para periodista. Su ingenio, sus conocimientos múltiples y profundos, la facilidad y la gracia de su locución, todas sus excelencias son de las requeridas para desempeñar lucidamente la redacción de una buena revista. Las circunstancias lo han llevado a muy distintas situaciones, pero en ellas siempre ha descollado el escritor. De mí aseguro que leo a don Ricardo con gran placer y hasta con gran envidia.

Pues bien —y aquí viene el mal— ya no hay quien no quiera imitar a don Ricardo, olvidando que no todos somos Orlandos y que cada uno debe procurar manejar únicamente las armas proporcionadas a su estatura.

Don Julio Acosta escribía artículos y enviaba telegramas con los moldes de don Ricardo. Pase en don Julio. ¿Pero los otros planetas menores?

Véase el caso reciente. Hay que nom-

brar un Secretario de Educación. Suenan los nombres de Omar Dengo, Vicente Lachner, García Monge, J. F. Garnier, Justo Facio, Luis Felipe González, etc. Aparece escogido el Sr. Dobles Segreda. Veremos qué tal, me digo yo, viendo pasar el entierro. Pero no bien he acabado de decirlo cuando ya encuentro en los diarios los *reportajes* a que se ha prestado el nuevo funcionario: una lluvia de simplezas. En el *Diario de Costa Rica* nos habla de su huerta, a la Clemenceau. En *La Nueva Prensa* nos cuenta que en Luisiana cantó nuestro Himno Nacional ante el silencio de 10.000 oyentes. En *La Tribuna* se refiere a los probables ataques de que va a ser blanco el señor Presidente, con motivo del propio nombramiento, y suelta con desenvoltura esta expresión: «con su pan se lo coma».

¿Qué tal?

E. J. R.

7 de setiembre de 1926.

## Recuerdos de «Graziella», de Lamartine

El amor y la libertad: tal es el doble ensueño de los que son dignos de soñar algo grande.

---

Los poetas buscan el genio muy lejos, y él está en el corazón: unas pocas notas tocadas como por casualidad en este instrumento divino, bastan para hacer llorar todo un siglo y para hacerse tan populares como el amor y tan simpáticas como el sentimiento. Lo sublime cansa, lo bello engaña, solamente lo patético es infalible en el arte. Quien sabe enternecer, lo sabe todo. Hay más genio en una lágrima que en todos los museos y todas las bibliotecas del mundo. El hombre es como el árbol: sacúdase a éste y deja caer sus frutos; conmuévase al hombre y deja caer su llanto.

---

Diríase que la palabra es la única pre-

destinación del hombre, y que ha sido creado para dar a luz pensamientos.

Pero el espíritu tiene su pubertad como el cuerpo. El instinto de la multiplicación se manifiesta siempre antes que la potencia.

---

La poesía no tiene eco más prolongado y más sonoro que el del corazón de la juventud en que el amor va a nacer. Es la poesía como el presentimiento de todas las pasiones. Es después como su recuerdo y su duelo. Por eso nos hace llorar en las dos épocas extremas de la vida: jóvenes, de esperanza; viejos, de pesar.

---

Hay corazones débiles pero amorosos, que, sintiéndose desheredados por la naturaleza, de las cualidades que hacen que uno sea amado, se contentan con amar sin ser correspondidos, y se entregan como esclavos voluntarios al servicio, ya que no a la dicha, de la mujer a quien dan su corazón. Sus afectos son los más conmovedores. Se les compadece, pero se les admira. Amar por ser amado, es cosa

humana; amar por amar es algo casi angelical.

---

Quitad de la vida el corazón que os ama, ¿qué queda? Lo mismo sucede con la naturaleza. Borrad de ella el sitio y la casa que vuestros pensamientos buscan o que vuestros recuerdos pueblan, queda tan sólo un vacío en que se hunde la mirada sin encontrar fondo ni reposo.

---

Cada viajero lleva consigo su punto de vista. Una nube sobre el alma cubre o vela más el paisaje que una nube sobre el horizonte. El espectáculo está en el espectador.

---

¡Qué error o qué pecado el de querer trocar sus encantos naturales! ¡Que no intente transformarse en muñeca de París la hija de las olas a quien los rayos del cielo cobijan!

---

¡Ah! El hombre demasiado joven es incapaz de amar. Presiente a veces lo que

es amar y confunde este presentimiento con el amor. El joven no conoce el precio de nada. No conoce el hombre la felicidad sino cuando la ha perdido. En las tiernas plantas del bosque hay más savia loca y sombra flotante; en el viejo corazón de la encina hay más fuego y calor.

El amor verdadero es el fruto maduro de la vida. En la naturaleza vegetal, cuando el fruto llega, las hojas caen. Quizá lo mismo pase en la naturaleza humana. Así lo he pensado a menudo desde que mis cabellos comenzaron a emblanquecer.

¡Cuánto he sentido no haber comprendido en su hora el precio de la más bella flor de amor! Yo no era entonces sino vanidad. Y la vanidad es el más tonto y cruel de los males, porque nos hace avergonzarnos de las cosas de más valor.

(E. J. R.)

---

---

## Fecha memorable

Acaba de reunirse en la Sorbona el primer congreso organizado por «La Internacional de los Amigos del Orden Es-

piritual», bajo la presidencia de honor del Prof. C. Richet y la presidencia efectiva del senador belga H. La Fontaine. Este congreso ha proclamado —el 5 de junio 1926— los derechos y garantías del *individuo* (es decir, de la humanidad concreta), por encima y, si fuere necesario, en contra de todas las abstracciones, de todas las políticas, de todas las naciones y aun de toda sociedad de naciones.

Al hacer esta declaración, fueron enumeradas como influencias espirituales: el pensamiento, la fe, el amor, la ciencia y el arte; y como influencias materiales: la fuerza, la intriga, la riqueza y el número. Y se dijo que lo espiritual lanzaba así su reto a lo material.

Damos la noticia con cierta alegría y, a la vez, con cierta inquietud o desconfianza. ¿Estamos acaso de acuerdo acerca del significado de las palabras de que nos servimos en nuestros congresos? ¿Puede seriamente hablarse de congresos mientras carezcamos de una lengua común? ¿Cuántos son los hombres que dan el mismo sentido a cada una de esas palabras: material, espiritual, fe, fuerza, amor, riqueza?

¿Cómo proclamar los derechos del in-

dividuo por encima o en contra de las abstracciones, si precisamente lo propio de cada individuo son sus abstracciones?

E. J. R.

---

---

## Miscelánea

La vida es un comercio equitativo en que todos los negocios se ajustan con el tiempo. Por todo lo que Ud. toma tiene que pagar el precio, tarde o temprano. Algunas cosas tiene que pagarlas anticipadamente; otras tiene que pagarlas al recibirlas; y otras tiene que pagarlas más adelante, cuando le presenten la cuenta.

INAYAT KHAN

\*  
\* \*

Los higienistas modernos multiplican por instantes el número de sus discípulos, y el que más y el que menos comienza a darse cuenta de que el secreto de la vida está en la naturaleza, y que el régimen del éxito es muy fácil, muy cómodo y muy barato.

Aire libre y puro, sol, alimentos natu-

rales, ejercicios estudiados científicamente,  
y ¡nada de medicina! La única recetable,  
EL AMOR.

Pero, por supuesto, con cuenta gotas...

MIGUEL DE ZÁRRAGA

---

---

## Respuestas

1. Esta contradicción explica otras.

Me gustan los gobernantes enérgicos; los que hacen y deshacen según sus atribuciones, pero sin ningún género de sensiblerías. Sin embargo, lo que más he temido para mí, desde joven, es que la suerte me lleve a un puesto de mandó y palo. Por esto, apenas sube un amigo mío a una alta posición política, lo primero que hago es buscar el modo de molestarlo, a fin de que no se le ocurra solicitar mi colaboración.

2. Si se ha dicho—y muy bien dicho—que la palabra debe servir muchas veces para ocultar el pensamiento, la sentencia ha de ser particularmente atendida por quien escribe una carta. ¡Cuidado con las cartas!

3. De poco nos sirve la experiencia ajena. Viaje Ud., si quiere comprender pronto el papel que lo imprevisto representa en todo y lo cortos o largos que suelen resultar los consejos y las previsiones de la casa paterna. Dados apenas los primeros pasos, se echa de ver que sobra mucho de que quisieron proveernos y falta aquello en que no se pensó. ¡Cuán burlados salen los afanes y las conjeturas de nuestros buenos viejos!

Somos los hombres como planetas. Podrán ser muy semejantes nuestras órbitas; iguales, jamás.

4. No hay que cansarse de repetirlo: el varón, cuanto más varonil, mejor; la mujer, cuanto más mujer, mejor. Cada uno debe destacar lo más posible su propia personalidad. Yo le perdono a un muchacho todos sus pecados de amor. En cambio me exasperan las disculpas tontas del que, habiendo perdido los estribos, en el juego, en la bebida, en la política, me viene con que ello fué a instancias de amigos o —peor todavía— de compañeros de ocasión.

